

Hablando de Zamacois

Era grande nuestro deseo de estrechar la mano del autor de *Impresiones de Arte*, libro que leímos en días pretéritos, cuando se operaba en nuestro ser la aiborada de nuestra afición a la literatura y al arte en sus diversas manifestaciones.

¿Y cómo no? Si Zamacois es nuestro huésped, si su pluma genial nos ha expresado su modo de pensar, y nos ha hecho amigos de su hondo discernir en el piélago de la moderna psicología; ¿cómo no ir a verle, a estrechar su mano que tan fuertes y rotundas cuartillas de pensamientos ha llenado en el hervor del tráfago intelectual de nuestros tiempos?

Y fuimos. Acompañados por Blázquez de Pedro, con quien cultiva Zamacois amistad desde la ciudad de Béjar, nos encaminamos al Hotel Internacional, donde se aloja; pero sin la fortuna de hallarle allí, y cuando hacíamos planes para volver, al pasar por *La Postal*, de don Gervasio García, a quien hallamos en el umbral de su establecimiento, entramos; y a poco de entablar charla acerca del notable novelista, he aquí que se presenta él acompañado de su representante don José Márquez. Y Blázquez nos lo presenta, nos damos por presentados, y a platicar con don Eduardo.....

No da aquí conferencia alguna de las que le traen en su peregrinación intelectual a estas tierras americanas, pues se marcha próximamente para Colombia. Las razones para esta determinación de Zamacois, entre otras de distinto orden, son fáciles de suponer para el lector que se haya enterado del anuncio cortés que le hiciera, de su próximo arribo, la prensa diaria de esta capital, y la recepción inopinada que le han hecho a su llegada, dos o tres colaboradores de esa prensa, a causa, sin duda, de erradas apreciaciones.

Zamacois, como la mayoría de escritores y literatos españoles, no conoce a la mayoría de los intelectuales de la América hispana, y da sus razones. Y esas razones son, con pleonismo nuestro y todo, muy razonables: nuestros escritores de América, en su mayoría, lanzan a la publicidad limitadas ediciones de sus obras en prosa o en verso, que muchas veces no salen más allá de donde alcanza a oírse la campana de la parroquia; nuestros escritores, nuestros literatos, nuestros poetas ameri-

canos, si no fueron un Darío, un Silva, un Gutiérrez Nájera o un Rodó; si no son un Amado Nervo, un Chocano, un Blanco-Fombona o un Gómez Carrillo, que han viajado por España, que suelen viajar o envían sus obras a sus correligionarios de la Península, no son, como debieran serlo, conocidos y estimados en lo mucho o poco que valen. De allí las exageraciones de un Pío Baroja que no nos conoce y, al escribir acerca de nuestra América y sus hombres, se nos figura un excéntrico tratando de tragarse un huevo de avestruz con una bolsa de alfileres en la yema, o la destemplanza de alguno de nuestros compatriotas que le ayudan a aquel a tragarse la bolsa de alfileres con lujo de glotonería.

Pero volvamos a Zamacois, espíritu reposado, si se quiere frío, como el color sugerente de sus ojos grises. Es un hombre en plena posesión de todas sus actividades. De alta estatura, cabeza oblonga, frente espaciosa, franca, circuída de cabellos amarillosos de tinte grisáceo, cuyo continente es el de un espíritu observador, razonador, donde domina el cerebro con robustez sustancial. De fácil dicción castiza, voz un tanto apagada a veces, y un aire en su sonrisa que en instantes es trasunto de hermetismo anímico. Se charla con él, como en remansos de quietud y traslúcida paz, que inspira plena amistad, hija de la comprensión.....

Y es de lamentarse que no reproduzca aquí sus conferencias, con las cuales contribuiría sin duda a mantener en latente actividad la corriente de ibero-americanismo, que de algunos años a esta parte se viene fomentando entre los hijos de la Patria del Cid y los de estos países, entre los cuales no es de menores arrestos en cualidades afines la patria de Justo Arosemena, Manuel José Hurtado, Gil Colunje, Darío Herrera y tantos más.

Zamacois viene documentado de los países que ha visitado, con libros de todo género, revistas y nombres de intelectuales que allá en el viejo solar conocerán desde luego, pues que precisamente su gira intelectual contribuye a tal fin. Piensa publicar una revista de gran alcance—y de correlativa resonancia, agregamos nosotros—en Europa, luego de su arribo a aquellas playas que dejó para venir en su peregrinación de arte a ver a los que, unidos en razón de pretéritas glorias, y hermanados a virtud de futuras conquistas sobre el Pegaso